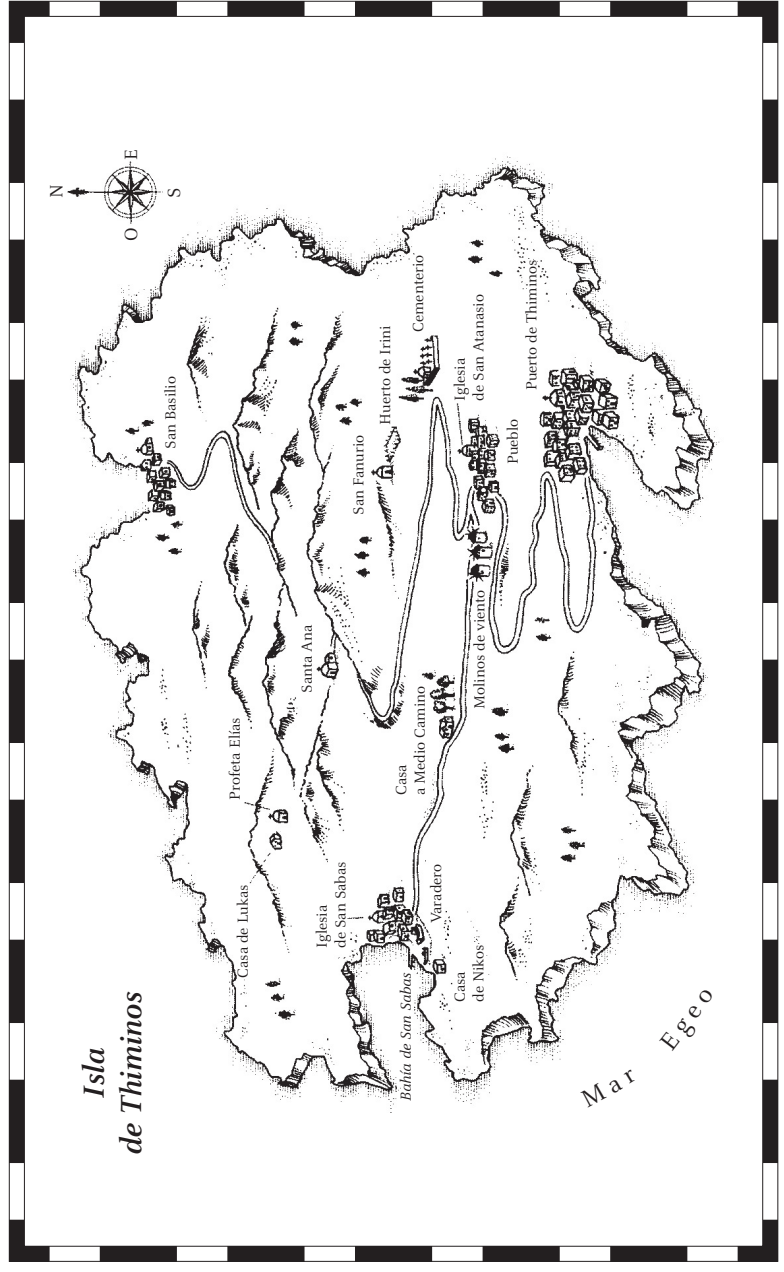


El mensajero de Atenas

Anne Zouroudi

Traducción de Marta Pino Moreno

Barcelona 2009 **Duomo ediciones**



1

Primera hora de la mañana, y un cielo sombrío. El mar, removido y turbio por un viento glacial, se había vuelto opaco. Los neumáticos del camión de la basura atravesaban despacio los charcos de la lluvia caída durante toda la noche; el agua recorría las canaletas oxidadas, los peldaños del Banco Nacional y goteaba en las mesas del desierto mercado de pescado. En la terraza del café, una mujer encorvada barría las hojas húmedas que caían de un plátano; en la torre de la iglesia, una campana solitaria anunciaba la misa. Las barcas cabeceaban en los amarraderos, tensando los cabos. Más allá del acantilado, la sirena del *ferry* que se acercaba se perdía en el intenso aguacero.

En la cubierta superior había un forastero, un hombre gordo, apoyado sobre la barandilla de popa. Desde que la tenue luz del alba clareó lo suficiente para mostrar el mar oscuro que pasaba por debajo, el hombre estaba allí, contemplando la estela de espuma ondulante que se perdía en la distancia, esperando avistar por primera vez su destino. De vez en cuando sacaba una cajetilla del bolsillo de la gabardina que ondeaba alrededor de sus muslos, y fumaba cigarrillos que se consumían rápido con el viento racheado; a

todo buque que veía le levantaba la mano en gesto amistoso, como si lo conociese.

Cuando el barco atracó no se unió al gentío impaciente que se concentraba abajo, a la espera de que desplegasen la rampa para desembarcar, sino que permaneció allí, contemplativo, mientras los pasajeros se abrían camino a empujones hacia el muelle.

Un tripulante, que exploraba con un destornillador el funcionamiento de un molinete del ancla, le gritó.

—¡Fin del trayecto, amigo!

El hombre gordo sonrió.

—Pues que tenga un buen día —dijo y, después de recoger la bolsa de viaje que tenía a sus pies, bajó por las escaleras de hierro hacia el muelle.

Se mantuvo al margen del grupo, amparándose de la lluvia bajo el soportal de una carnicería. Olía a sangre y lejía. La multitud se dispersó, entre holas y adioses clamorosos, llevándose las maletas reforzadas con correas, las bolsas de comida, los niños maleducados, las cajas de fruta. Luego la multitud desapareció, y él se quedó solo.

Salió del refugio del soportal para caminar bajo la lluvia.

Al principio no tenía una idea clara de dónde los encontraría; pero ellos se delataron. En el extremo del puerto, a sotavento del malecón, había una docena de vehículos aparcados de forma desordenada; uno de ellos, casi oculto, tenía los colores distintivos. Al acercarse, la señalización blanca del coche se volvió nítida: *Astinomia*. Policía.

La fachada de piedra del edificio situado a su izquierda estaba cubierta de enredaderas floridas con campanillas pá-

lidas; y allí, envuelto entre zarcillos, oscurecido por la exuberante vegetación, encontró su letrero –POLICÍA– y una flecha que apuntaba hacia arriba, señalando el largo tramo de escaleras estrechas de piedra.

El hombre gordo subió corriendo las escaleras, con bastante ligereza, hasta el último escalón, donde se topó con una puerta pesada sin distintivos. La abrió y entró.

La comisaría, de grandes proporciones, era austera. Las molduras de escayola del alto techo eran historiadas; pero las tablas del suelo estaban desnudas, sin barnizar, y tachonadas de chinchetas torcidas, como si hubieran levantado algún tipo de alfombra, moqueta o linóleo, sin restituirlo después. Es posible que se hubieran trasladado allí el día anterior, o que fueran a mudarse al día siguiente; o puede que llevaran años en aquel local, sin preocuparse o sin percatarse de que no había persianas para tapar los cristales resquebrajados de las altas y estrechas ventanas con vistas al mar, ni ninguna pantalla en la bombilla desnuda que se balanceaba en un largo cable eléctrico con la corriente de la puerta, ni tampoco archivadores, ni protocolos de actuación, ni carteles ni avisos colgados en las pálidas paredes, ni sillas para que se sentase el público que viniera a presentar una denuncia.

Permaneció de pie en el centro de la sala y dejó con cuidado la bolsa de viaje a sus pies, como si contuviese algo frágil. Los tres policías lo miraban en silencio con semblante antipático, como si los hubiera importunado en un momento crucial de una conversación privada. El hombre diminuto sentado ante una mesa utilitaria con tablero de acero detrás de la puerta (cuyo uniforme, demasiado grande, lo empeque-

ñecía aún más) golpeteaba el escritorio con la mina de un lápiz romo y mordido, marcando un ritmo lento para el prolongado silencio. Sus ojos oscilaban entre el hombre gordo y la puerta, como si previese marcharse en cuanto surgiese la oportunidad; los contenidos de su mesa no sugerían que algo lo retuviese allí. Delante de él, un hombre de constitución ancha, cabezón, de carrillos caídos, pelo blanco y denso, y oscuras cejas cómicas, apoyaba los codos en una mesa similar, asimismo vacía: tres bolígrafos, todos bien tapados, dos cartas con los sobres abiertos y un antiguo teléfono de baquelita, cuyo cable trenzado pasaba entre sus pies y salía por un agujero perforado en el rodapié a sus espaldas. Sus labios húmedos y rojos eran flácidos, lo que indicaba una lentitud bovina y una cabeza torpe. Cuando entró el hombre gordo se movió para que la parte superior del brazo de su chaqueta –bordada con galones plateados de sargento– apuntase hacia adelante, hacia el hombre gordo, de modo que su rango no pasase desapercibido.

Y al fondo de la sala, tan lejos de las ventanas que la luz era tenue y el espacio quedaba ensombrecido, estaba sentado el tercero. Estiraba las piernas delgadas, cruzadas en los tobillos, a través del hueco inferior de un escritorio antiguo muy amplio, entre dos hileras de cajones pequeños con tiradores de latón y minúsculas cerraduras. A izquierda y derecha, el escritorio tenía pilas de papeles –carpetas de cartón, formularios en blanco, formularios cumplimentados y firmados por duplicado y triplicado, solicitudes de licencias, bonos de aparcamiento, multas, citaciones, resguardos, notas, cartas, tarjetas de visita, listados informáticos de rayas– y, en el suelo, alrededor de los pies, más montones

de carpetas y archivadores con fechas, números o nombres escritos en el lomo. En el centro del escritorio, sobre el cuero raído estampado en oro, había un expediente, cerrado, con un nombre manuscrito en mayúsculas negras apretadas: «ASIMAKOPOULOS». Y entre las pilas de papeles, como una rata que asoma por un agujero, el tipo observaba al hombre gordo, con la tez inquietantemente pálida entre las sombras, el negro profundo de sus ojos entrecerrados y el bigote recortado, que resaltaba como tinta dibujada sobre papel blanco.

Los ojos oscuros examinaban al hombre gordo de arriba abajo, abarcando su masa corporal, admirando su traje, tanto el corte, que favorecía su figura, como el paño de mohair gris fino de tal calidad que, cada vez que el hombre gordo se movía, titilaba con un lustre violáceo. Los ojos aprobaron el polo que llevaba el hombre gordo debajo del traje, de color morado intenso, con un pequeño cocodrilo verde sobre el pecho izquierdo. Observaron que la pretina de los pantalones tenía un cinturón de cuero italiano. Pero los rizos grises del pelo del hombre gordo eran demasiado largos, y la montura prominente de las gafas estaba pasada de moda. Y los zapatos... los zapatos resultaban desconcertantes. ¿Quién, salvo un excéntrico, con un traje tan bien cortado, calzaría zapatillas deportivas, unos tenis anticuados de lona blanca?

El hombre gordo los miró a todos y sonrió.

El sargento se sentó recto en la silla y sacudió la manga de la chaqueta para que las rayas quedasen planas en el brazo.

—¿Qué desea, señor? —preguntó.

—He venido a ver al comisario. —El acento del hombre gordo era claro y distinguido. Todas sus palabras estaban hermosamente enunciadas, como el habla griega de un lo-

ctor; tal claridad discursiva les indicaba que el hombre no era de aquellas islas, ni de ningún lugar situado a doscientas millas de sus fronteras.

–El comisario soy yo. –El hombre de las sombras habló en voz baja pero con arrogancia. Metió las piernas debajo de la silla y también se enderezó.

El hombre gordo dio un paso por encima de la bolsa de viaje y atravesó la sala para situarse delante de la mesa sobrecargada. Extendió la mano. Sus uñas de manicura estaban limadas con forma cuadrangular, blanqueadas en las puntas y pulidas hasta casi parecer opacas.

–Me llamo Hermes Diaktoros –dijo–. Me envían desde Atenas para que les ayude en sus investigaciones sobre la muerte de Irini Asimakopoulos.

El agente que estaba detrás de la puerta soltó el lápiz, que cayó con gran traqueteo en las tablas del suelo y luego rodó hacia la puerta, como si intentara escapar.

El comisario, inclinándose para darle la mano al hombre gordo, vaciló un instante. El agente diminuto se levantó de un brinco para recoger el lápiz, y el comisario lo fulminó con la mirada. Luego estrechó la mano al hombre gordo y la sostuvo con firmeza, frunciendo los labios como si se dispusiese a hablar. Pero no dijo nada.

Así que el hombre gordo siguió hablando.

–Supongo que le sorprenderá mi nombre: Hermes Mensajero. Así era el sentido del humor de mi padre; era un académico especializado en la antigüedad clásica.

El comisario seguía sin mediar palabra. No entendía a qué se refería el hombre gordo. El agente, que había vuelto a sentarse, continuaba golpeteando la mesa con el lápiz.

–Las llamo mis sandalias aladas. –El hombre gordo señaló sus tenis, sonriendo por el chiste. Continuó el silencio.

–Disculpe –dijo el hombre gordo al comisario–. No he oído bien su nombre.

–Panayiotis Zafiridis –dijo el comisario. Señaló al sargento bovino–: Harris Chadiarakis. –Y por último presentó al agente diminuto–: Dimitris Xanthos.

–Mucho gusto –dijo el hombre gordo.

El comisario se inclinó hacia adelante sobre la mesa.

–¿Por qué le interesa a la Policía Metropolitana la muerte de la señora Asimakopoulos? –preguntó–. No había nada sospechoso. Me temo que ha malgastado su tiempo al venir hasta aquí. Si hubiera llamado antes, podría haberle ahorrado el viaje. –Se encogió de hombros y adoptó una expresión lastimera–. El problema es que no hay *ferry* hasta mañana. –Vaciló como si pensase, y luego señaló el teléfono de la mesa del sargento–. A lo mejor podemos requisar la lancha del guardacostas para llevarle a Kos esta noche. En su comisaría hay alguien que me debe un favor. Desde allí cogera un vuelo a Atenas sin ningún problema. Harris, ponme con la comisaría de la Policía Portuaria.

La mano del sargento se posó sobre el auricular del teléfono, pero el hombre gordo se volvió para impedirlo.

–Un momento, por favor –dijo. Volvió a mirar al comisario–. ¿Dónde está el cadáver? –preguntó, en voz baja.

El golpeteo del lápiz se aceleró.

El comisario, con el ceño fruncido, cogió un cuaderno y un bolígrafo de plástico.

–¿Quién ha informado a la Policía Metropolitana de esta muerte? –preguntó, garabateando con el bolígrafo hasta que

la tinta empezó a salir. Parecía preocupado—. Creo que deberíamos tomar medidas en este asunto. Malgastar el tiempo de la policía es un delito grave.

El hombre gordo dio un paso al frente y, colocando las yemas de los dedos de las dos manos sobre el escritorio del comisario, se inclinó hacia él.

—Estábamos hablando del cadáver —dijo el hombre gordo—. Me gustaría verlo lo antes posible. Luego podré empezar con la investigación.

Cesó el golpeteo del lápiz. El comisario reflexionó un instante y luego extendió las manos.

—La enterraron ayer —dijo—. No había motivo para retrasarlo. Como le he dicho, la muerte no era nada sospechosa.

—No importa —dijo el hombre gordo como quien no quiere la cosa—. Me las arreglaré con el informe de la autopsia.

Simultáneamente, el sargento y el agente abrieron los cajones de sus respectivos escritorios, sacaron unos papeles y empezaron a leer.

—¿Puedo sentarme? —preguntó cortésmente el hombre gordo.

El comisario se puso en pie con un audible suspiro y, de la oscuridad de la esquina que tenía detrás, sacó una silla con el asiento de mimbre.

—Gracias —dijo el hombre gordo, mientras la colocaba en sentido perpendicular al escritorio del policía y se sentaba—. Me pregunto si podría dejarme un cenicero.

El comisario abrió uno de los cajones con asas de latón y sacó un cenicero pesado de cristal tallado, ya medio lleno de ceniza gris y colillas manchadas de marrón del humo filtrado.

El hombre gordo se metió la mano en el bolsillo y sacó una cajetilla de cigarrillos incongruente con los últimos años del siglo xx, una caja anticuada cuya caperuza mostraba la cabeza y los hombros desnudos de una cabaretera de los años cuarenta, cuyo pelo rubio platino, de suave permanente, ondeaba alrededor de una sonrisa remilgada. Bajo el nombre del fabricante («Sin duda –pensó el comisario–, dejaron de comercializarse hace años.») había un eslogan escrito con letra antigua: «El cigarrillo de los hombres que saben fumar». El hombre gordo sacó una caja de cerillas, la agitó, y frunció el ceño al ver que no sonaba nada en el interior. Dejó la caja de cerillas en la mesa y siguió buscando en el bolsillo de la chaqueta. Después de sacar un encendedor de oro fino golpeó la punta del cigarrillo con la mesa, lo encendió y volvió a guardar el encendedor en el bolsillo.

–El informe de la autopsia –dijo el hombre gordo, exhalando humo mientras hablaba–. Me gustaría disponer de un ejemplar como referencia.

El comisario sonrió y se reclinó en el respaldo de la silla.

–Mire –le dijo–, aquí, en las islas hacemos las cosas de una manera un poco distinta a como las hacen en la ciudad. Nos gusta abordar las cosas de un modo más personal, para estar mucho más cerca de la comunidad a la que servimos.

–¿Y de dónde es usted, comisario?

–De Patmos –dijo el comisario–. Soy de Patmos.

–¿Y cuánto tiempo lleva trabajando aquí?

–Más de un año.

–¿Y cree que puede conocer bien a la gente de aquí, en tan poco tiempo?

—En casos como éste —dijo el comisario, eludiendo la pregunta—, parte de nuestro trabajo consiste en evitar el escándalo a la familia afectada. El buen nombre es muy importante en este pueblo.

—¿Dónde está el informe de la autopsia, comisario? —El hombre gordo empezaba a impacientarse.

—Bueno —dijo el comisario—, decidí que no era necesario. No se practicó la autopsia.

El semblante del hombre gordo empezó a cambiar de cordial a peligroso.

—¿Cómo es posible? —preguntó—. La señora Asimakopoulos era una joven con buena salud, ¿verdad?

El comisario asintió de refilón.

—Su deber era ordenar que se practicase la autopsia. Lo sabe perfectamente. Así que explíqueme por qué no se hizo la autopsia.

El comisario, creyendo que tenía todos los ases, sonrió triunfalmente.

—Porque —respondió en tono mordaz— la causa de la muerte era clara, aunque no era lo que constaba en el certificado de defunción. Era un asunto delicado.

—¿Y qué decía el certificado de defunción?

—Muerte accidental.

—¿Y cuál fue la verdadera causa de la muerte, según usted?

—Suicidio.

—¿Suicidio?

—Se lanzó por un precipicio. —Se encogió de hombros—. No cabía ninguna duda. Fue premeditado.

—Aunque fuera un suicidio —dijo el hombre gordo, jugando con la ceniza del cenicero con el extremo encendido

del cigarro—, ¿qué podría haber «premeditado» una mujer de una comunidad pequeña y bien «trabada», como ésta, para suicidarse? ¿Qué motivo podía tener?

—Fue un suicidio de imitación. La idea se la dio el cartero.

—¿Qué cartero?

—El viejo cartero que se suicidó.

—¿Y qué motivo tenía él?

—¿Quién sabe? Una esposa infiel, problemas de dinero...

—¿Y el marido de la señora Asimakopoulos era infiel? ¿Tenía problemas de dinero?

El comisario volvió a inclinarse hacia adelante.

—La señora Asimakopoulos era una esposa infiel —dijo.

—¿En serio? ¿Con quién era infiel?

—Me temo que no me puedo tomar la libertad de decírselo.

—¿Y aquí todas las presuntas esposas infieles se arrojan por precipicios? —preguntó el hombre gordo, después de mirar al comisario durante unos instantes.

—Si fuera así —respondió el comisario entre risas—, sólo quedarían hombres.

—¿Entonces por qué se suicidó ésta? —preguntó el hombre gordo sin el menor atisbo de sonrisa.

—Estaba casada con un hombre de la zona. Tenía parientes aquí, que le presentaron a su marido. Pero ella no era de aquí. Era del continente.

—¿Y cree que era un motivo suficiente para suicidarse?

—Posiblemente. A lo mejor se sentía aislada. Sentía morriña.

—¿Cuánto tiempo llevaba viviendo aquí?

—No tengo ni idea. Un año o diez, ¿qué más da? ¡Harris!

El lento y pesado sargento, interrumpido mientras colocaba uno de sus bolígrafos baratos en el bolsillo superior de la camisa, se estremeció.

—Estoy seguro de que puedes iluminarnos —dijo el comisario al sargento—. ¿Cuánto tiempo llevaba viviendo aquí la señora Asimakopoulos?

El sargento osciló la mirada entre el comisario y el hombre gordo, presionando el labio inferior como si reflexionase.

—Dos años —dijo al fin—. No creo que llevase más.

—Tres por lo menos —interrumpió el agente diminuto—. El hermano de mi suegra vivía en esa casa antes de que la alquilase Asimakopoulos, y murió hace ya bastante tiempo. Tres años al menos, puede que cuatro.

El sargento abrió la boca flácida y húmeda para objetar, pero el comisario levantó la mano para hacerle callar y volvió a mirar al hombre gordo.

—En respuesta a su pregunta, no llevaba aquí mucho tiempo —dijo.

—¿Pero sí lo suficiente para asentarse y formar una familia? —sugirió el hombre gordo—. ¿Tenía hijos?

—No creo. —Volvió a mirar al sargento, que lentamente negó con la cabeza.

—Eso es bastante raro en esta parte del mundo, ¿no cree? Una mujer joven, casada muy recientemente, y sin hijos. Si era estéril, eso podría ser un factor causal importante de una depresión. Pero usted habrá hablado con su médico sobre

su salud mental, estoy seguro; si había problemas físicos, es evidente que los hubiese mencionado, ¿verdad?

El sargento volvió a centrar toda su atención en los bolígrafos, mientras el agente se agachaba por debajo de la mesa para atarse los zapatos.

–Nuestro médico es un hombre muy ocupado, como sin duda comprenderá –dijo el comisario con fluidez–. Pero el señor Asimakopoulos era varios años mayor que su esposa. Hay quien dice que era un hombre afortunado, por tener una mujer más joven que le calentaba por las noches. ¿Pero quién sabe? A lo mejor le faltaba la... potencia... de una persona más joven. Un hombre más joven podría haber logrado lo que él no consiguió, el hombre adecuado para esa misión...

Su expresión brillaba con especulación lasciva, pero cuando el hombre gordo frunció el ceño, el comisario apartó la mirada y se rascó un picor imaginario detrás de la oreja.

–¿Qué edad tenía exactamente la señora Asimakopoulos?
–preguntó el hombre gordo.

–Veinticinco o veintiséis, algo así. Poco más o menos. –El comisario sonrió–. No lo sé exactamente. La experiencia me dice que no se puede obligar a los cadáveres a que respondan preguntas personales sólo porque hay que rellenar la ficha.

–¿No se lo preguntaron a la familia?

–No.

–¿Qué le preguntaron a la familia?

–Me pareció mejor dejarles vivir en paz.

–Le honra tal consideración, comisario, pero eso lo convierte en un policía mediocre. Y tal vez tendría la amabilidad

de decirnos a todos –se volvió para señalar a los dos hombres aparentemente absortos en el papeleo–, si es que no lo sabemos ya, cuánto cobró por su consideración.

El color fluyó por las mejillas del comisario, pero el hombre gordo, que no esperaba respuesta a esta pregunta, se puso en pie y apagó el cigarrillo.

–Como un hombre digno de lucir su insignia, a lo mejor debería plantearse esa misma pregunta, comisario. A lo mejor debería preguntarse si saltó o si la empujaron.

–¡No hay que dramatizar, señor Diaktoros! –dijo el comisario, forzando una carcajada desdeñosa–. ¡Asesinato y soborno! ¡Estamos en las aletargadas islas griegas! Creo que lleva usted demasiado tiempo en las calles miserables de Atenas.

El hombre gordo recogió su bolsa de viaje y se dirigió al diminuto agente.

–Me pregunto –dijo– si podría recomendarme un hotel con una habitación decente.

Pero el comisario interrumpió la respuesta.

–Tal como le sugerí, la lancha de la Policía Portuaria...

El hombre gordo apoyó la mano sobre el hombro del agente.

–Venga conmigo –dijo–. Enséñeme el camino.

Mientras la puerta se cerraba detrás del hombre gordo y el agente, el comisario acercó hacia sí el cenicero, y, sacando un cigarro de una cajetilla arrugada, lo flexionó para enderezar la curva que había adquirido. Recogió la caja de cerillas que había dejado el hombre gordo en su mesa y la abrió.

Una gran cucaracha brillante, con largas antenas trémulas, salió disparada de la caja de cerillas y se escabulló a gran

velocidad por el dorso de la mano del policía hacia un expediente que estaba en su mesa.

—¡Jesús!

Con gran repugnancia tiró de un manotazo a la vil criatura al suelo, donde corrió en busca de amparo entre los listados informáticos de rayas.

Mientras el sargento contemplaba la escena perplejo, el enfurecido policía perseguía a la cucaracha, dándole manotazos aquí y allá, hasta que el bicho al fin logró escapar y desapareció entre las pilas de expedientes oficiales.

El agente diminuto llevó al hombre gordo al Hotel Gaviota, una pensión abierta todo el año, propiedad de un primo segundo del policía. Caminaron juntos por el puerto, el agente lleno de preguntas que no se atrevía a formular, inspeccionando con sus ojos inquietos los portales y balcones, callejones y escaleras, para ver quién los observaba. El hombre gordo caminaba con seguridad, esquivando con destreza los charcos, y saludando cordialmente a toda la gente que se encontraban.

En la puerta del hotel, el hombre gordo dio las gracias al agente y lo despidió. Luego observó cómo el hombre uniformado regresaba lentamente a la comisaría, deteniéndose en algunos puntos para hablar: con el del puesto de fruta y verdura, con el propietario de la tienda de electrodomésticos, con los clientes de la terraza de un café. Y mientras hablaba señalaba el hotel y las cabezas se volvían en la dirección del hombre gordo, de modo que éste supo que había elegido bien: el agente sería un excelente emisario para difundir la noticia de su llegada.

El vestíbulo del hotel era oscuro, sin calefacción, y la adusta recepcionista vestía gruesas prendas de lana caseras bien abotonadas. La mesa de recepción estaba cubierta de periódicos amarillentos, sobre los cuales había cuatro candeleros achaparrados y una lata de Brasso abierta. La mujer lo miró de arriba abajo con gafas duras de media luna y le dedicó una sonrisa rapaz y expectante, como si se frotase las manos para sus adentros. Más allá de los colmillos no tenía dentadura en la mandíbula superior, y cada vez que hablaba, el hombre gordo captaba el fétido olor de halitosis.

–Buenos días, señor, buenos días –dijo la mujer, colocando en el suelo un felpudo–. ¿Busca habitación? Tengo una libre muy agradable en el primer piso, muy limpia, con vistas estupendas. No encontrará mejores vistas de Grecia.

Levantó el borde del periódico y sacó un libro de registro con encuadernación de cuero. Con los dedos ennegrecidos de Brasso lo hojeó desde enero hasta la fecha del día. Todas las páginas estaban en blanco.

–¿Piensa quedarse mucho tiempo?

El hombre echó un vistazo al vestíbulo y observó las hileras de vasos sin estrenar en los estantes que había detrás del exiguo bar, y los cuencos de flores artificiales, polvorientas, en el hueco de la ventana, y el icono de Cristo sufriente sobre la entrada del baño.

–Unos cuantos días, creo –dijo–. No más de una semana, eso seguro.

–Si se queda más de dos noches, puedo ofrecerle una tarifa especial. Lo que es caro es el coste de la lavandería en estancias cortas. –Mencionó un precio exorbitante–. Mucho más barato que en los hoteles de Atenas, estoy segura.

–No lo sé –dijo el hombre–. En Atenas no frecuento los hoteles. Le pagaré la mitad de lo que pide si incluye el desayuno y un cambio diario de las sábanas.

Él esperaba regateo, pero no lo hubo. En cambio la mujer le sonrió, y él supo que le habían timado.

–Voy a buscar a mi marido –dijo la mujer–. Le enseñaré su habitación.

La habitación era fría, sin comodidades: el suelo era de baldosa desnuda, sin alfombra para calentarse los pies; los grifos del baño minúsculo goteaban en la porcelana sucia; la cama era dura y estrecha y, bajo la funda almidonada, la única almohada estaba descolorida con las secreciones de las cabezas de muchos forasteros. Las puertas que daban al balcón estaban hinchadas de agua de lluvia, de modo que sólo podían abrirse de una patada. En el exterior, apoyado sobre la barandilla de hierro fundido con manchas de óxido, encendió un cigarro y viajó con los ojos más allá del puerto, por el mar abierto, hacia los perfiles de las montañas turcas de cumbres nevadas. Pero la belleza de las vistas se atenuaba por la falta de luz solar, y las nubes bajas, de color gris telaraña, ocultaban el lejano horizonte. Empezó a tiritar y, después de entrar de nuevo en la habitación, apagó el cigarro en el cenicero de la mesa de noche; luego recogió la bolsa de viaje, salió del hotel y caminó en paralelo al puerto.

Las ventanas de los emporios turísticos estaban cerradas a cal y canto; los callejones sin barrer estaban llenos de basura que arrastraba el viento. En aquella época del año, demasiado temprana para los remozamientos de Pascua, la cal desconchada se había caído como caspa de las paredes de

las casas en algunos puntos, revelando la piedra sin labrar y la fábrica de ladrillo.

Se dirigió al café donde el policía diminuto había hablado con los clientes. Era un pequeño *kafenion* al viejo estilo griego; encima de la puerta había un letrero que indicaba el nombre del propietario: Jakos Kypriotis. Las mesas de madera, en el exterior y dentro, estaban cubiertas con hules de cuadros, sujetos con gomas atadas bajo el borde de la mesa, para que no se los llevase el viento. Entre los frigoríficos con panel frontal de cristal de cerveza importada y Fanta de naranja había un hombre, otrora guapo, de pelo engominado y bigote a lo Errol Flynn, apoyado sobre un fregadero de piedra; a través de la puerta abierta de la entrada contemplaba el mar con la mirada perdida, como si su corazón y sus pensamientos estuviesen muy lejos de allí.

Una de las mesas de la terraza estaba ocupada por tres viejos. En el centro había una botella de medio litro de retsina barato, casi vacía; cada uno tenía un vaso lleno de vino amarillo. El hombre gordo sacó una silla de una mesa cercana y se sentó, y, mientras se sentaba, los viejos guardaron silencio. El hombre gordo se giró para lanzar una mirada al propietario.

Entonces uno de los viejos se volvió en la silla.

—Encantado de conocerlo —dijo, con una ancha sonrisa de bobalicón, alzando la mano con un risueño saludo. El hombre gordo inclinó la cabeza, cortésmente, y volvió a mirar hacia el interior del café, donde el propietario seguía ausente a lo lejos.

El viejo se levantó y, extendiendo la mano, dio un paso vacilante hacia el hombre gordo. Los dos que quedaban en la mesa negaron con la cabeza.

–¡Siéntate, idiota! –dijo uno–. ¡Deja al hombre en paz!
–Pero el bobalicón, sonriente, seguía tendiendo la mano al hombre gordo.

–Encantado de conocerlo –dijo el bobalicón.

El hombre gordo le dio la mano.

–Encantado de conocerlo –dijo. Con una sonrisa de oreja a oreja, el bobalicón regresó tambaleante a su asiento. El hombre gordo volvió a mirar atrás hacia el lugar donde el propietario no se había movido.

El hombre que todavía no había hablado levantó el vaso con una mano trémula y bebió un sorbo de vino. Se inclinó hacia el hombre gordo.

–Tendrá que gritar –dijo arrastrando las palabras–. Se quedará ahí todo el día, fingiendo que no sabe que usted está aquí. ¡Jakos! ¡Cliente!

El propietario apartó la mirada del horizonte y se acercó a la puerta. Miró con resentimiento al hombre gordo y arqueó las cejas en un gesto interrogativo.

–Café griego, por favor, sin azúcar –dijo el hombre gordo–, y una botella para los caballeros. –Señaló a los viejos, y el propietario chasqueó la lengua con desaprobación mientras volvía a entrar. El bobalicón se levantó de un brinco y agarró del brazo al propietario.

–¡Jakos, encantado de conocerte, encantado de conocerte!
–El bobalicón le tendió la mano, pero el propietario hizo caso omiso y, zafándose de la mano del viejo, se dirigió con gesto ceñudo a la cocina.

El bobalicón, desalentado, volvió a sentarse.

El tercero volvió a beber del vaso y, entrecerrando los ojos, vio al hombre gordo. Sus ojos tenían arrugas profun-

das, como si el gesto de entrecerrarlos fuera habitual para él, tal vez por miopía, tal vez por la irritación del humo del cigarrillo –un cigarrillo, recién encendido, ardía entre sus dedos manchados de nicotina, mientras un segundo cigarro olvidado todavía era una colilla humeante en el cenicero de lámina metálica–, o tal vez intentaba captar la verdadera imagen del hombre gordo de las dos o tres que se escindían y nadaban ante él. Su cuerpo flaco como un riel estaba consumido por los prolongados excesos; la mano que sostenía el cigarro temblaba.

–Ha hecho un amigo para toda la vida, ahora que le ha dado la mano –dijo, mientras daba una fuerte palmada al bobalicón en la espalda–. Pero no conseguirá sacar de él mucho más que «Encantado de conocerle». Es un viejo imbécil. Se lo digo yo, que lo conozco desde niño. Cuando era joven, era un joven imbécil. Ahora que es viejo, es un viejo imbécil, y un coñazo de tío. Pero bueno, todos somos lo que ha querido Dios.

–Desde luego –dijo el hombre gordo.

–Usted es de Atenas, ¿no? –El hombre viejo hablaba en tono triunfante, como si esperase impresionar al hombre gordo con su percepción. De modo que el hombre gordo puso cara de sorpresa, lo que hizo que el viejo sonriese–. Estuve en Atenas en una ocasión –dijo.

Pero su compañero lo contradijo.

–Tú nunca has estado en Atenas, mentiroso. Nunca has llegado más lejos de San Basilio.

Se refería al monasterio y la aldea situados a unos ocho kilómetros, en el extremo opuesto de la isla. Este hombre tenía una curiosa discapacidad, una fusión de las vértebras

en la parte superior de la columna. Como era incapaz de girar la cabeza, al hablar giraba los ojos hacia el objetivo de sus comentarios, pero el torso permanecía rígido mirando al frente. Eso le confería un aspecto cómico y grotesco, aunque tal vez había sido en tiempos un hombre atractivo.

–Sí que estuve en Atenas –protestó el fumador. Pero, ansioso por no continuar con el asunto, decidió que había llegado el momento propicio para las presentaciones.

–Me llamo Thassis –le dijo al hombre gordo–. Thassis Cuatrodedos. –Levantó la mano izquierda para mostrar el muñón donde antaño había estado el dedo índice–. Éste es mi amigo Adonis. –Los ojos del hombre gordo se agrandaron ante la ironía del nombre del tipo deforme–. Adonis el Rácano lo llaman. Agarrado como el coño de una monja en Viernes Santo. Y éste –dijo señalando al bobalicón– es Stavros Encantadodeconocerlo.

Stavros, sonriente, se levantó de un brinco.

–Encantado de conocerlo –dijo, y el hombre gordo le dio la mano.

El propietario colocó ante el hombre gordo un vaso de agua y una tacita de porcelana blanca; el café alquitranado tenía el aroma dulce del azúcar quemado. Abrió el tapón de una botella de resina con gotas de condensación y la dejó en el centro de la mesa de los viejos. Luego apoyó el hombro contra el marco de la puerta y siguió contemplando el mar.

Thassis Cuatrodedos cogió el vino frío y sostuvo la botella mirando hacia el hombre gordo.

–Gracias, señor –dijo Thassis–, y a su salud, señor. Sirvió vino frío en los vasos de todos; los tres levantaron los vasos hacia el hombre gordo, y bebieron.

El hombre gordo bebió un sorbo de café.

–Habrà venido de negocios, espero –dijo Adonis, girando los ojos hacia él.

El hombre gordo se agachó hacia su bolsa de viaje, abrió la cremallera y rebuscó dentro. Sacó un bote de blanqueador de zapatos. Como una bailarina, levantó hacia arriba la puntera izquierda, luego la derecha, para inspeccionar los tenis. Después de retirar la tapa de plástico humedeció cuidadosamente con el aplicador esponjoso una rozadura de la puntera derecha, y una salpicadura de barro en el pie izquierdo. Giró el pie hacia los lados, primero el izquierdo, luego el derecho, examinando las zapatillas en busca de otras imperfecciones. Como no encontró ninguna volvió a tapar el bote, dejó el blanqueador dentro de la bolsa y cerró la cremallera.

Los viejos lo miraban fascinados. Habían olvidado la pregunta de Adonis cuando el hombre gordo volvió a sentarse en la silla y respondió.

–He venido a investigar la muerte de Irini Asimakopoulos.

El propietario volvió a apartar los ojos del lejano horizonte.

–¿Qué hay que investigar? –preguntó–. Se cayó por un precipicio, ¿no? Podría pasarle a cualquiera.

Entre risas, Thassis resopló dentro de la copa, pero el gordo no dijo nada.

–¿Y usted qué piensa? –preguntó entonces el propietario.

Adonis, un hombre astuto, sonrió.

–Cree que alguien la empujó –dijo.

–¿Quién la empujó? –dijo el propietario con sorna, e inmediatamente, con su desinhibida embriaguez, Thassis aportó una respuesta.

—¡Será la esposa de Theo Hatzistratis! —exclamó. Y volvió a reírse.

Nadie se sumó a la carcajada. Adonis le pegó un codazo y volvió los ojos hacia el puesto de verduras, donde una mujer se quejaba de la cantidad de orugas que contenían las coliflores.

—¿Pero qué he dicho? —preguntó Thassis.

En silencio, el propietario desapareció al fondo del café.

—¿Por qué iba a querer la mujer de Theo Hatzistratis empujar a la señora Asimakopoulos por un precipicio, Thassis? —preguntó el hombre gordo.

—¿Usted qué cree? —preguntó Thassis. Agachó la cabeza, con semblante repentinamente sensiblero—. Mujeres. Son todas iguales. Prefiero meter la mano en una bolsa de serpientes a confiar en una mujer.

—¿Insinúa que la señora Asimakopoulos tenía una relación con Theo Hatzistratis? —preguntó el hombre gordo a Adonis.

—Lo que digo es que les den por el culo a todas —dijo Adonis. Vació el vaso y lo dejó con fuerza en la mesa.

Durante un rato se hizo un silencio. Thassis empezó a tararear una melodía, una truculenta canción sobre un hombre condenado al amor por una chica infiel; su tarareo se hizo más fuerte hasta que estalló en canto firme, y luego recitó la letra a gritos con su vieja voz quebrada.

El hombre gordo entró en el local y pagó lo que debía. Cuando se despidió de los viejos no recibió respuesta.

